



OBRAS DE RECONOCIMIENTO A JACQUES MARITAIN



CANDOR LUCIS

R. L. Bruckberger, O. P.

Raymond Leopold Bruckberger (1907-1998) – sacerdote dominico, escritor, miembro la resistencia francesa contra Hitler siendo ya fraile, director de cine – escribió este artículo en la renombrada publicación de filosofía tomista, ‘Revue Thomiste’, como colaboración al volumen de homenaje a Jacques Maritain. Tomo XLVIII, números 1 y 2. 1948

Desde hace veinticinco años que leo a Maritain, y veinte que lo conozco, cada vez que pienso algo detenidamente en él, en su obra y en lo que significa, sin poderlo remediar acude a mi mente una palabra: *candor lucis*. Cocteau sentía algo semejante cuando le decía: “*Es usted un pez de las grandes profundidades, luminoso y ciego*”. Desde luego que ciego no. Sino que no ve en la superficie, como el común de los mortales. Es que posee el extremo candor de su lucidez. Contempla los seres en lo más profundo de ellos y en su totalidad. Sabe muy bien que no es posible separar a un ser de su destino, y que en último término este destino pertenece a Dios. Maritain venera el misterio. Sabe esperar y sabe orar.

Su naturaleza es la de un poeta. De esto hablaba yo con Bernanos. Parece a Verlaine, es cierto, pero ha reemplazado el ajeno por el Espíritu Santo. Sobre esto se ha fantaseado mucho. No pocos creyeron que la gracia era una droga. También murmurábase que el día de Pentecostés los Apóstoles estaban ebrios. Por lo menos desde ese día no se durmieron ya. Maritain es un hombre en vela. Mira. Observa. Escucha. Atraviesa los muros, y se instala en el corazón de lo real. Está presente, intensamente presente a todo, con una presencia ingrátida, respetuosa y estimulante a la vez.

Es acaso sistemático en sus pasiones. Su inteligencia no lo es en modo alguno; sino que es libre, juguetona, ávida de lo concreto, sin acabar de saciarse de él; con su mirada atraviesa las apariencias. Leed en los recuerdos de Raissa Maritain acerca del ansia de verdad de estos dos jóvenes, que los llevó un día a la presencia de Bloy. Maritain no ha buscado jamás un sistema. Es un poeta, crédmelo; un poeta de verdad como pocos. Nadie ha llegado al extremo de desesperación a que él llegó por no poder conocer las razones del universo y de su propia existencia. Nunca se hizo una filosofía del absurdo; quería saber. Pretendió forzar el absurdo. Siempre creyó que era indigno del hombre el hacerse con su propia angustia una “blanda almohada”. Y su gran dicha fue el haber encontrado al Mendigo Ingrato.

No, no es un filósofo de un sistema. A ejemplo de su viejo maestro, ha quedado de pie en el pórtico de la Iglesia como un mendigo, jamás satisfecho mientras no se le haya hecho donación de todo, exigiendo la herencia entera, porque esta herencia es la Verdad misma, que nutre a toda inteligencia que viene a este mundo, y él no quedará satisfecho jamás.

Maritain es cándido, pero sabe lo que se precisa, y que es preciso el orden. La sabiduría no es negligente, ni turbulenta. Ella sabe adornarse como la Reina Esther, y apoyarse sobre sus sirvientas para pasar el umbral. La horrible vulgaridad moderna no es capaz de comprender la aristocrática elegancia y la extrema cortesía para con la verdad que se encierra en el rigor y las minucias de la escolástica. La inteligencia de Maritain es humilde y solícita.

Perfectamente noble y conquistadora. No pierde el tiempo delante del espejo. Sabe muy bien abrazar y saborear. ¡Qué felicidad, haber encontrado a los veinte años estos libros entre la ordinariez de los manuales, poder leer esta prosa leal, como gravada, rítmica, esta prosa que tiene algo de militar a veces con banderas desplegadas y a toda orquesta, esta prosa puesta en orden de batalla, y a la que Péguy, como no podía ser de otra manera, acabó por amar.

Malhumorado estaba yo de que se hubieran olvidado de poner en mi equipaje los libros de Maritain. No tengo nada de él al alcance de mis manos; ni siquiera esa admirable ‘Carta sobre la independencia’, en la que reivindica con su elevada e irrefutable precisión el derecho y el honor para el filósofo cristiano de juzgar las cosas temporales. Lo que el príncipe de este mundo apreciaría más sería poder separar estos dominios; tomar para su reino todo lo concreto, y dejar para la inteligencia bautizada lo abstracto y lo general. Pero nosotros estamos bautizados en la sangre de Cristo; y la Redención fue para el hombre concreto, en su comportamiento y en sus intenciones.

Alberto Magno lo decía ya: no estamos constituidos, escribía, en jueces para pronunciar el derecho por sentencia, sino en doctores, para decir solemnemente de una acción si es buena o mala, cualquiera sea el autor de ella, nuestro inferior o nuestro superior. Vergüenza para el doctor que descuidase tan solemne función. Mas, por el contrario, gran honor es para la inteligencia que un hombre sencillo de toda sencillez, un hombre de corbata y con unos admirables ojos azules, por haber dicho lo que piensa de la guerra de España, haya llegado a exasperar a los dignatarios y a los poderosos. Y es además un gran ejemplo. Séales dado a los jóvenes comprender a través de este incidente hasta qué punto la sabiduría es una aventura; y que cuando uno se ha puesto a su servicio, es más prudente esperar llegar a ser mendigo o desterrado, que embajador. Mas cada uno tendrá la recompensa que desea. En cuanto a Maritain, sabemos muy bien dónde está su tesoro, y adivinamos dónde está su corazón.

Candor lucis. Qué magnífica honestidad haberse proclamado tan paladinamente discípulo de Santo Tomás de Aquino, en una época en la que tantos filósofos, escritores y artistas simulan con tanto cuidado sus modelos y referencias y tiemblan de no marchar a una con el movimiento del día. Que los jóvenes dominicos aprendan. Yo amo mucho a la orden de Santo Domingo que tiene la paciencia de aguantarme. Por su honor y su gloria deseo que tenga muchos jóvenes filósofos y teólogos tan fieles al Doctor Angélico como le ha sido fiel este laico.

Yo conocí y amé mucho a la madre de Maritain, Genoveva Favre, hija de Jules Favre, *“aquella menudita republicana de gran corazón y obstinada cabeza”*, como la llamaba Péguy, que la quiso mucho y le dedicó la *‘Tapisserie de sainte Geneviéoev’*. Maritain se le parece. Ella era decidida, pronta, entusiasta, discutidora, intrépida y tan simpática. No vivía sino para los que amaba, y los amaba en una admirable jerarquía de valores, que abrazaba las fronteras del mundo. Maritain es un filósofo. Su jerarquía de valores abraza las fronteras del ser. Pero yo conozco muy bien en él su familiaridad con lo concreto visible e invisible, su generosa ternura con lo existente, su abnegación sagrada por las causas de la verdad, y entre todas, por las causas libres que son las naturalezas espirituales creadas a imagen de Dios. Heredó de su madre, y, a través de ella, de su abuelo y de Víctor Hugo, la veneración republicana por la libertad. Como era naturalmente metafísico, de golpe hízose cristiano, habiendo comprendido una vez por todas que la única garantía de la libertad humana es la gracia.

Maritain no tiene aquello que el querido gran Bernanos poseía tan magníficamente y que Péguy llamaba *“la risa misionera”*. Pero posee la sonrisa misionera. Porque es un misionero. Berdiaev decía de él: *“Maritain ha introducido el tomismo en la cultura”*. No ha ocupado simplemente un lugar y un nombre en la tradición de la filosofía cristiana; sino un gran puesto y un nombre admirado entre los filósofos franceses y entre nuestros escritores.

Maritain tiene nombre propio. Ha impuesto su presencia en un ambiente, antes extraño y con frecuencia hostil, proclamando en el lenguaje propio de este ambiente todas sus propias fidelidades e ideas. Y es precisamente la integridad de su pensamiento lo que hace que Maritain irradie como ningún otro. Y ese pensamiento es el que le comunica esa sonrisa que le abre los corazones y le conquista los espíritus, a la manera de una luz no tocada.

L'Oukaïmeden (Marruecos), 14 de julio, 1948.

